

Piel de tierra
O el libro de los poemas eternos

Por
Gilma Jiménez de Niño

A veces la sociedad tiene valores absurdos para medir la calidad humana.

La fama por ejemplo. Basta que un hombre haya sonado por ahí a la ligera en letras de molde, para que los reporteros insistan en seguir hablando de él. Pero el que no ha tenido la suerte de la fama -que como cualquier juego de azar es traicionera- difícilmente tiene la suerte del aprecio. Permanece ignorado y hasta cierto punto es quizá más feliz que los famosos porque no tiene que aceptar las amarguras del bombo.

Por eso encontrar talento entre quienes no son famosos es para los periodistas un descubrimiento más interesante que contar las maravillas mil veces repetidas de los grandes. De ahí que los seres anónimos tiene sobre las figuras la ventaja de la novedad. Entonces no solo ser famoso es un orgullo. También ser anónimo es una satisfacción.

Sin embargo, los humanos no queremos entenderlo así y nos partimos la vida por conquistar la fama.

Reportaje a uno que no
es famoso

Javier Tafur González no es famoso pero lo será. No sé si eso le traerá fortuna o sinsabores. Pero inevitablemente lo será.

Es un ciudadano de chivera y 28 años. "Imagínate Soledad, tu marido va a salir en el periódico", le dijo y los dos rieron como un par de pequeños.

Para ir al trabajo todos los días toma bus. Y se va pensando en la palabra nueva que aprendió Sasha, su hijito de año y medio.

Es un abogado sin carro, juez de Cali, profesor de antropología del Instituto de Criminología, y profesor de introducción al derecho en la U. Libre y en la Santiago de Cali. Se defiende como puede para conseguir el pan. Pero muy pocos saben que ese joven de mirada enamorada que estudió antropología en París y juzga crímenes en Cali, es un gigante de la poesía.

Poeta del universo Filósofo de la vida. Hecho de barro como todos nosotros. Pero con una diferencia: tiene alma de profeta.

50 Cuentos de a minuto

Gilma Jiménez

Hace algunos años Javier Tafur González era un soñador que vivía en un mundo sin problemas, donde el único hombre feliz era él aun cuando no se diera cuenta. Parecía como si la ternura que ponía en sus palabras creciera silvestre en los jardines de la casa como también a las faldas de las montañas que rodeaban una ciudad mansa en la que él se imaginaba vivir. Javier Tafur era igual al Principito: gobernaba mundos de un solo habitante: él mismo.

Hoy diez años después, Javier Tafur escribe cuentos donde refleja que la vida le ha pasado por encima. Aunque en su apariencia física el poeta no delata señales que dejan en la cara las inclemencias reiteradas de "ese oscuro opresor que es el tiempo", en cambio en sus palabras se lee la conmoción interna de quien sufrió y vio sufrir y después se rió a carcajadas, se burló del azar, y reinventó la verdad a su capricho, es decir se volvió un hombre libre. Porque la libertad no está solamente en la licencia para actuar sino también en dar a la verdad la única manera que individualmente nos interesa. No existe la verdad absoluta sino muestras propias verdades.

En esas verdades se hincó Javier para contar del Libro "Cuentos para Kremer" que obtuvo dos menciones especiales en el concurso de minicuento revista "Ekuroreo" 1981. Están allí por igual el exhismo del valiente que las contradicciones de hombres cuya crueldad es un arma de la inteligencia; igual la emoción de un beso perdurable que la humildad de un empleado público quien renuncia al presente en pos de una jubilación por el futuro, igual las experiencias de un abogado sobre la vida infame de un recluso que la anestesia ante el dolor en el ambiente insensible de las cárceles.

Pero, por sobre todo eso, este libro de cuentos es un altar a los recuerdos. Como si el autor se hubiera puesto de rodillas ante el pasado de las gentes, sus cuentos recogieron testimonios inolvidables para muchas bocas, formando con ellos historias que

ahora pertenecen a todos los lectores, para satisfacción secreta de sus anónimos protagonistas.

En este punto los cuentos breves de Javier adquieren ese valor tan codiciado por los escritores que es el valor de la universalidad. Veamos uno de ellos titulado "La última pareja":

"Luego de la Guerra Universal una pareja sobrevivía. Se hallaba en un monte tropical, junto al río. En aquella oportunidad la mujer sabía que era la última vez que ovulaba. Era la última pareja sobre la faz de la Tierra. El se llamó a sí mismo Apocalipsis y ella Ariadna. Conscientes de su importancia se limitaron a dar un beso... Toda la naturaleza se sintió arrogante y ellos orgullosos de su libertad... Al día siguiente de la menstruación de ella se sintieron infelices y desgraciados, pues...

Para olvidar ese dolor, nació el siguiente cuento "En el umbral de la muerte": "Dicen que el hombre cuando va a morir recoge sus pasos. También él lo creía. Cuando estaba en su lecho de moribundo comenzó a recorrer toda su vida; llegó a un momento de su niñez, a un lugar querido, donde encontró a la niña aquella que tanto le gustó, a la que siempre quiso dar un beso los sábados en que no iba al colegio y por eso podía verla por las mañanas en la casa de su amigo común, esperándolo, entonces se dieron su primer beso en el umbral de la muerte".

En otros momentos Javier tiende una alfombra de elegante indiferencia para que por encima de ella pasen las amargas de la vida. Eso hace menos graves las negaciones, menos dolorosas las tragedias como cuando cuenta...

"¡Zas-zas! le hizo dos cicatrices... en la cara a ella. ¡Ay! la bonita mujer que todos admiraron...¡zas! ¡zas! le hizo daño en la piel. Era implacable. Le hacía daño. Nadie se la podría quitar; nadie se podía meter porque ¡zas! ¡zas! a todos les daba por igual. ¡Ay! la bonita mujer que todos admiraron. ¡Ay juventud! ¡quien te pudiera defender del tiempo!.

Ante la mano drástica del tiempo el autor se arma de paciencia y acepta el mundo como en realidad es no como desearíamos verlo e ingresa a la esfera del dolor sentido sin dolor, sin afán, casi sin

pena, pero a pesar de todo, presente. Ocurre así con el cuento "Paloma por la paz".

"Cuando las fueron a echar a volar, a las blancas palomas las encontraron mal heridas. Se habían sacado ellas mismas los ojos a picotazos".

Pero Javier no es un niño viejo que se siente a las orillas del parque a llorar porque estas cosas sucedan. Hace sus travesuras también por sus parajes del cinismo y la alegría como los niños que todavía son nuevos. El cinismo y la alegría son una sola cosa que deberían enseñárnosla desde el colegio al lado de las lecciones de geografía para saber en qué mundo vivimos y de gramática para saber cómo escribirlo. En la resurrección de Lázaro, Javier se burla del prójimo así:

"Era un fanático del materialismo. De ahí que al presenciar la resurrección de Lázaro, le preguntó con sincero interés de impresionante honestidad...

-Decime, Lázaro, no te estabas haciendo el dormido?

-Y vos qué crees- Le respondió, guiñándole el ojo...

Pero para darnos un desquite en "Amnesia", Javier se burla de sí mismo:

"La vio y a partir de ese instante le dijo que él creía en el amor a primera vista, porque era así de impetuoso. Se desvivía por ella y cuando pasó el hechizo... le dijo: Pero yo qué te he visto?: mira que enamorarme yo de ti...En eso le volvió el amor y entonces...De qué estábamos hablando?".

Finalmente una última cualidad redondea el logro de este librito de cuentos. Se trata de una cualidad que es oro en la vida moderna: la brevedad. Cada uno de estos cuentos representa un universo infinitesimal pero completo y sin embargo el más largo de todos los cuentos apenas tiene 24 líneas y el más corto sólo tiene dos renglones. Son 50 páginas que se leen en menos de 50 minutos. No necesitó mucho tiempo Javier para hacerse perdurable...